

El peligro de que se haga una Europa sin los europeos, convirtiendo a los ciudadanos en simples testigos de la mutación, está ahí

será apenas un trámite, aunque dificultoso en algunos casos. Lo importante es que el proceso de aplicación —cohesión, concertación, coherencia— se inicie sin sobresaltos ni banderías, lo que resulta a medio plazo mucho más problemático.

«Schock»

En el horizonte inmediato hay un asunto de envergadura que deberá discutirse en primera instancia en la Cumbre comunitaria de Lisboa (26-27 junio) y que monopolizará la atención de los próximos años: la ampliación. Se trata de saber si los Doce quieren ser pronto quince, algo después dieciocho y, ya avanzado el siglo XXI, treinta y cinco. Este cambio cuantitativo —y, también, cualitativo— deberá, sin embargo, subordinarse a una renovación completa de las instituciones europeas. O, en palabras de Jacques Delors, a «un shock político, intelectual e institucional».

El «shock» será especialmente agudo para los países de la Europa del Sur —España, Portugal, Grecia y, en menor medida, Francia e Italia— porque, además de «recentrar» hacia el norte el conjunto europeo podría traducirse en una dispersión de esfuerzos y recursos, al menos en la segunda etapa de la ampliación cuando se trate de definir las fronteras del horizonte comunitario. Lo que muchos temen es que la amplia-

ción anule la profundización de la construcción europea. En el caso de los «primeros de la lista» (Austria y Suecia) el problema será de escasa entidad aunque, eso sí, ninguno de los países candidatos tendrá derecho a re-examinar las condiciones de la Unión Política diseñada en Maastricht: austriacos y suecos no tendrán más remedio que asumir, por ejemplo, el proyecto de defensa europea y dejar en el camino el fardo neutralista.

El problema que la Europa de Maastricht deberá plantearse en los albores del nuevo siglo es si el habitáculo imaginado funcionará y será viable con nuevos inquilinos. Esta preocupación hizo que —un tanto prematuramente— el presidente del Gobierno español hubiese sugerido la creación de un Comité Ejecutivo o Directorio de cinco países, encargado de «gobernar la nueva Europa». A estas alturas del partido semejante propuesta contiene la dosis suficiente de ambigüedad para que se tome levemente en cuenta. Delors repitió en la Expo de Sevilla la famosa máxima de «cada cosa a su tiempo». Y el cuento de la lechera europea podría en estos momentos obstaculizar gravemente los dos grandes imperativos del proceso: en primer lugar, la aplicación de las reformas e innovaciones previas («paquete Delors II», «fondos de cohesión», nueva política agraria común, etc.) a la unión política y, al mismo tiempo, la ratificación del Tratado de Maastricht.

El desasosiego y la incertidumbre del momento podrán aclararse si los pueblos de la nueva Europa tienen la voluntad generalizada de protagonizar el gran cambio que se anuncia. Ahí estriba una de las debilidades del proyecto: las opiniones públicas no han sido suficientemente informadas ni motivadas por sus gobiernos y es difícil que puedan serlo en el futuro. El peligro de que se haga una Europa sin los europeos, convirtiendo a los ciudadanos en simples testigos de la mutación, está ahí. ■

Alberto Míguez es periodista.

La (des)unión de los contrarios

Por Emilio Garrigues

EN el campo propio de la Politología, el profesor C. Schmitt eligió, como lógica consecuencia del principio general de la oposición de los contrarios, ejemplificado, en dicho campo, por el contraste Amigo-Enemigo, hecho famoso por dicho profesor. Efectivamente, los veloces, drásticos acontecimientos sucedidos tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, han venido a demostrar el escaso valor de tal oposición, ya prevista además por tan perspicaz profesor. Sobre el tema, cabría preguntar: ¿Dónde están aquellas nieves (los enemigos) de antaño? Sin olvidar que aun pareciendo razonable, si no imposible, resulta menos fácil concebir conceptos (más modesto, probablemente, fuera hablar de entelequias) sin relacionarlos con sus correspondientes antónimos (bueno-malo, maldición-bendición, concentración-dispersión, etc.).

Planteamiento este (no arbitrario, pero sí desorbitado) que me permite hacer la siguiente elucidación, a la que así llamo por cierta coincidencia con el pensamiento a la deriva practicado por J. Baudrillard, según el cual, si el curso del mundo es delirante, hemos de adoptar sobre él un punto de vista delirante. Esa misma actitud adopta la sesuda revista norteamericana «Foreign Affairs» con su reciente artículo «New world order or hollow victory» (es decir, Nuevo orden mundial, o hueca victoria). La superperfección del sistema polí-

«El Maligno», se resiste a desaparecer de nuestra vida cotidiana. Está amparada su permanencia por astrólogos, zahoríes, echadores de cartas, curanderos, futurólogos...

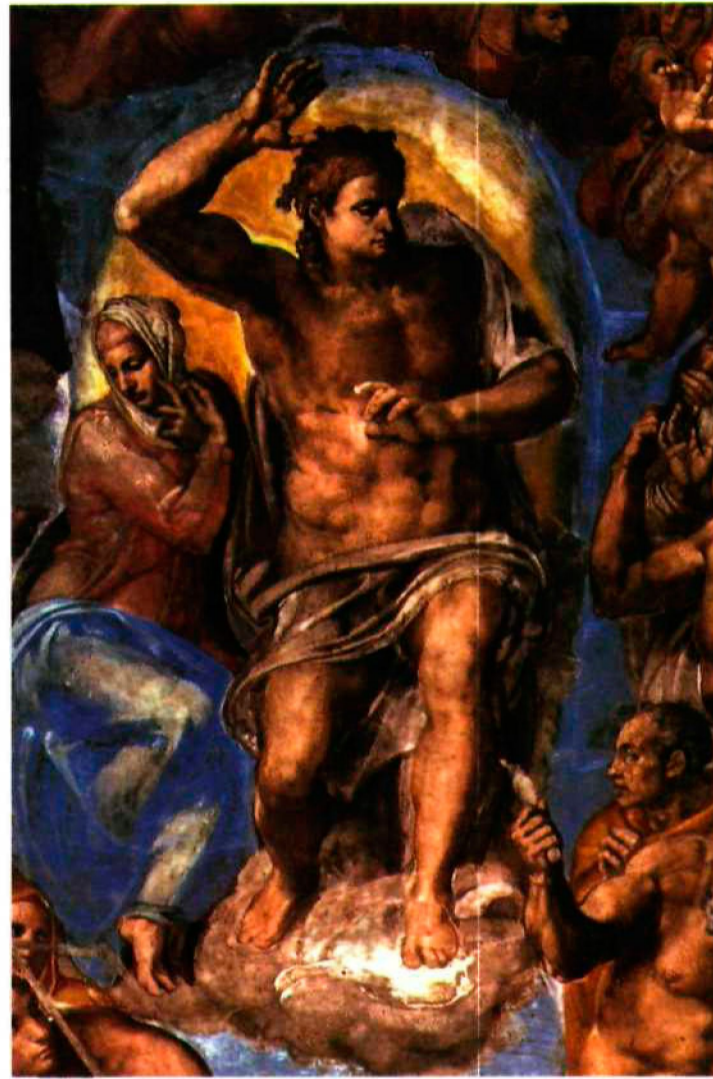
Panorama

¿Por qué los españoles, tan crédulos en la lotería, son tan impermeables a la penetración poética? Si los ángeles no pasan de ser una fábula, entonces, ¿cómo se puede confiar en la «bola» de la lotería?

tico-económico bien puede conducir al fracaso, como lo indica, siquiera simbólicamente, el desmayo sufrido por Bush en su visita al Japón.

El bien y el mal

Pero mi elucubración no va a funcionar en sentido descendente sino hacia lo alto, quizá para que, en definitiva, la caída sea más estrepitosa, por aquello del «más vale volando». Porque siguiendo el hilo del discurso: ¿Podemos concebir a Dios sin el demonio, a los ángeles sin los diablos? Para no meterme en camisa de once varas, puesto que no pretendo desarrollar la cuestión a fondo, me limitaré a comentar algunos de sus aspectos, incluso triviales, en el marco del fin del milenio hacia el que nos encontramos lanzados. A primera vista, cabe pensar que tanto en la actualidad, como en el futuro inmediato, la antinomia primordial de Bueno-Malo, es decir, Dios-Lucifer, se halla en trance de desaparición, pues aunque la creencia en un «Alguien Supremo» resulta relativamente fácil de rechazar en un clima de agnosticismo como el actual, al contrario, su oponente «El Maligno», se resiste a desaparecer de nuestra vida cotidiana. Está amparada su permanencia por astrólogos, zahoríes, echadores de cartas, curanderos, futurólogos...



Detalle del Juicio Final de Miguel Ángel.

Quizá se pueda atribuir esa capacidad de resistencia a desaparecer, al hecho de que con el cristianismo, el término Dios es siempre exclusivamente singular, mientras que *Demonio* es plural, lo que le permite estar en todas partes y no sólo en algunas (como el diablo Cojuelo). La única expansión plural que cabe atribuir a Dios, es la de los ángeles, en el bienentendido de que ellos son sólo como sus emisarios o mensajeros. En estas concepciones han encontrado quizá, tanto el judaísmo como el cristianismo, en cierto modo, una compensación a su rígido monoteísmo. Tal vez sea el momento de mencionar la multitud de Arcángeles, Angeles, Tronos, Señores, Príncipes, etc. que ayudó al arcángel Miguel a enterrar (pues lo redujo a la tierra, expulsándolo del cielo) al Malig-

Escritor tan agudo como Francis Ponge no duda en considerarlos como benévolos protectores en su poema «De amicis meis» en el cual su ángel permite al joven Tobías ocuparse de cosas fútiles, tranquilas y sin peligro»

no. Multitud, por no llamarlo turba angélica que se ha ido reduciendo con el transcurso de un tiempo, cada vez menos espiritual, hasta llegar a 1874. Fecha esta, que escojo, no por capricho, sino por ser aquella en que F. Gregorovius constata que la cueva del arcángel Miguel en el monte Gargano (Puglia), atraía aún a numerosos fieles (por no llamarles turistas), mientras que tantos otros protagonistas de la Historia, quedaban olvidados. En este contexto recojo la curiosa afirmación, por venir de tan buen filósofo como incrédulo, el alemán Hans Blumenger, de que a los contemporáneos no les queda constancia del tránsito de época y puede ocurrir, así, que coincidiendo con los primeros éxitos de la navegación espacial, han reaparecido seres angélicos, siquiera sea como caricaturas, enanillos o «supermen» igualmente benévolos, tal cual representados por el cine y los «comics».

Los ángeles

Por fortuna, no es necesario ser tan gran filósofo para encontrar testimonios más «consoladores», como suele decirse: en pleno siglo XX, coincidiendo con el intento de desaparición de los ángeles de la teología, se han impuesto gallardamente en la poesía, más exactamente, en la alemana varios autores: Stefan George, Hesse y Rilke. De este último, las Elegías de Duino, tan famosas, parten de la terrible afirmación «Pues lo bello no es sino el inicio del terror», a fin de hacernos comprender que «Todo ángel es terrible», pese a lo cual hay que invocarlos. Aun a sabiendas de que si se nos apareciera el más familiar, el Ángel de Tobías, «Ello bastaría para aniquilarnos». Aun así se atreve a definirlos «Consumados antes de tiempo, niños mimados del universo». Interpretación (más que definición), esta, que parece haber marcado de alguna manera a la literatura posterior, donde los ángeles suelen aparecerse más en el surco de la tradición que de la

Teología, en situaciones agónicas, al experimentar el hombre las elementales (y, sin embargo, definitivas) experiencias del Amor, Sufriamiento, Muerte. Tal condición resulta perfectamente compatible con la proverbial misión de mensajeros. Escritor tan agudo como Francis Ponge no duda en considerarlos como benévolos protectores en su poema «De amicis meis» en el cual su ángel permite al joven Tobías ocuparse de cosas fútiles, tranquilas y sin peligro».

En la escuela poética española solo cabe citar a Alberti, quien no duda en invocar familiarmente a los ángeles, pese a que en sus memorias, trata sarcásticamente de su experiencia religiosa infantil, por lo que cabe imaginar que su vertiente angélica no sería más que una urgencia poética.

Suposición que me permite afirmar que los poetas están más cerca de la revelación angélica que los propios teólogos, quienes, desde hace tiempo, han enmudecido sobre el particular. Cabría solo citar a dos teólogos, ambos suizos, que se han ocupado de los ángeles: Karl Barth y Urs von Balthasar.

Lógicamente, poco cabría esperar de los filósofos en este terreno, por lo que resulta tanto más interesante citar la famosa Disputa de Davos (1929) entre E. Cassirer, quien afirma que la noción Kantiana del imperativo categórico sobrepasa la de un ser limitado, y M. Heidegger, quien asiente, pero añadiendo que incluso el Ángel es un ser creado (ergo limitado). En definitiva, conviene retener que ambos hablan de «ángeles» entre comillas, lo que indica coincidencia en cuanto al fondo de la cuestión.

Quedaría mucho por decir, si quien hablase no fuese tan ignaro como yo. Lo dicho, aunque torpemente, puede servir para una pregunta como final de esta lucubración: ¿por qué los españoles, tan crédulos en la lotería, son tan impermeables a la penetración poética? Si los ángeles no pasan de ser una fábula, entonces, ¿cómo se puede confiar en la «bola» de la lotería? ■

Emilio Garrigues es diplomático.



Vista de Praga.

Las privatizaciones en marcha

Checoslovaquia: El juego del «Monopoly»

Por Miguel Rivero Lorenzo

UN gigantesco partido de «Monopoly», con la participación de más de 8 millones de jugadores, se desarrolla actualmente en Checoslovaquia bajo el programa de la gran privatización de las empresas propiedad del Estado.

Si usted llega de visita a este país del centro de Europa no podrá resistir durante mucho tiempo sin preguntar a qué se debe el bombardeo de mensajes y anuncios por la radio y la televisión que repiten sin cesar lemas y promesas acerca del programa «kuponova privatizace» (privatización a través de la venta de cupones) y las propuestas que hacen los «Investiční Fond» (los fondos que asocian a los inversionistas).

La cuestión es que, en Checoslovaquia todos los ciudadanos mayores de 18 años serán dentro de poco propietarios de acciones

de las grandes empresas del país, gracias a este método insólito, ideado por el gobierno para poner en manos privadas todo el aparato productivo que había pertenecido al Estado durante la etapa comunista.

Los defensores del sistema, argumentan que es una fórmula para recompensar a los ciudadanos tras 40 años bajo un sistema social donde teóricamente «el pueblo era el propietario de los medios de producción». Con la compra de estos cupones, pasan a ser de verdad accionistas de las empresas. Por otro lado, al optar por la economía de mercado, el gobierno comprobó que no existían suficientes capitales nacionales para traspasar a ellos la riqueza del país. Se corría el riesgo de que gran parte del patrimonio nacional fuera a parar manos de extranjeros.

En Checoslovaquia todos los ciudadanos mayores de 18 años serán dentro de poco propietarios de acciones de las grandes empresas del país